

Capítulo 4. En el seminario de Zaragoza

ESCRIVÁ EN EL AMBIENTE DEL SEMINARIO DE SAN FRANCISCO DE PAULA

Una cosa curiosa que he notado en la cultura interna de la obra de Escrivá, así como en muchos de sus hagiógrafos, es que nos cuentan por un lado el mal ambiente con que era acogido Escrivá entre sus compañeros (le llamaban *señorito*, *pijaito*, *rosa mística*, *el soñador*¹), y por otro tratan de convencernos, con testimonios de medio siglo después, de que prácticamente todos sus compañeros tenían un altísimo concepto de él. Ante esta aparente contradicción hay que concluir que Escrivá y sus hagiógrafos eran bastante susceptibles porque siguieron recordando una y otra vez estos incidentes de poca monta, esas *pequeñeces*, como las calificaría Escrivá más tarde². Y que se han limitado a publicar sólo testimonios que provienen exclusivamente de testigos que tenían buen concepto de él.

Por eso, un jarro de agua fría no les iría mal a esos hagiógrafos tan celosos de ocultar los defectos, errores y transgresiones de su héroe. Si uno recuerda la propia vida en el colegio, se encuentra con que una de las cosas más repelentes para los estudiantes es el “pelota”, y perdón por la expresión, que era la que nosotros utilizábamos para calificar a aquel alumno que estaba siempre alrededor de los profesores y directores para “bailarles el agua” y decirles a todo que sí. El “pelota” era, como dice el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española en su acepción número 12, *Persona aduladora, que hace la rosca*. Curiosamente, casi en todas las clases había un pelota.

Y realmente hay motivos de sobra para pensar que Escrivá podía ser visto por algunos alumnos, con razón o por envidia o incomprensión, como un pelota: como veremos se hizo amigo rápidamente del Cardenal Arzobispo Soldevila; también, del Presidente del Seminario, desde 1920 Obispo Auxiliar don Miguel de los Santos Díaz Gómara; se hizo amigo de los sobrinos de don Antonio Moreno, Vicepresidente del Seminario Sacerdotal, y a través de ellos, del propio don Antonio, el cual *buscaba la compañía del Inspector [Escrivá], que oía con gusto su charla y se dejaba ganar habilidosamente cuando jugaban al dominó*³. Recordemos también que el Rector encargó a Escrivá dar un pequeño discurso para pronunciarlo en un homenaje a don Miguel de los Santos con motivo de su consagración como Obispo de Tagora, en diciembre de 1920, o sea dos meses después de la llegada de Escrivá al Seminario de San Francisco.

El asunto que [Escrivá] escogió para su disertación fue el Lema del Obispo de Tagora: Obedientia tutor (la obediencia es lo más seguro). Llegado el día, lo desarrolló en latín, en

¹ Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, tomo I, 6^a edición, Rialp, Madrid 2001, pp. 133-134.

² *Ibidem*, p. 135.

³ Vázquez, o. cit., pp. 155 y 156.

forma de composición poética. Las consideraciones sobre la especial seguridad que da el atenerse a los consejos de los superiores, le valieron el aprecio del obispo y de la media docena de sacerdotes del San Carlos que acudieron a la fiesta⁴.

Todo esto, y muchas más cosas, nos las describe Vázquez. Y cualquiera que lo lea con mentalidad de estudiante confirmará que sí, que realmente podía ser tomado por un pelota. Y no me resisto ahora a añadir otra consideración, que me viene a la cabeza cada vez que veo esas fotos de Escrivá vestido con largos puños blancos provistos de gemelos bien visibles, con corbata ceñida por un alfiler, con traje oscuro. Y la consideración es que realmente parecía un señorito, que, en lugar de tener que buscarse el modo de lavar su propia ropa como tenían que hacer sus compañeros en el Seminario, tenía un servicio de lavandería gratis —recogida, lavado, remendado y planchado— proporcionado por su tío Carlos⁵.

Me parece que el mozo Escrivá tenía una gran inclinación a la piedad cristiana, a la devoción, una grande o incluso exagerada sensibilidad ante los imaginados signos de la providencia —ómenes—, bondad con el prójimo, problemática rectitud de conciencia, una incipiente vida interior —probablemente menor de la que él mismo imaginaba—, vehemencia y fácil cólera, y un tanto de vanidad y deseo de caer bien. Además se daban en él dos rasgos de carácter de gran importancia para entender su vida en el Seminario: tenía una gran seriedad y madurez interior procedentes quizás de las desgracias y vicisitudes familiares, pasadas y presentes. Los rasgos de su letra, manifiestos en las instancias que dirigió a sus superiores, llaman la atención por su firmeza y personalidad. Y demostraba también, en ambientes favorables, un carácter afable, tranquilo, de fácil conversación, ocurrente, persuasivo y con una magnífica memoria que le permitía asimilar fácilmente sus lecturas.

Recuerdo cómo hace años un amigo, excelente profesor de los últimos cursos de Bachillerato, me hacía ver que, cuando en una clase aparece un chico con una madurez, estabilidad de humor, seguridad y empaque superiores a lo normal a su edad, sus compañeros se acercan a él como abejas a la miel, se convierte en centro de atracción aunque no lo quiera. Y recordé entonces que yo mismo había experimentado eso cuando, haciendo el último curso en el colegio, llegó un chico dos años mayor que nosotros, que volvía del seminario. Y nos sucedió precisamente lo que me decía aquel profesor: ese chico se convirtió en un par de días en el alumno más respetado y buscado de la clase, aunque no era especialmente inteligente o culto.

Pero si, además, el muchacho dotado de esa madurez y empaque, tiene carácter afable, buen humor y capacidad para relacionarse de modo natural con personas mayores como si fueran sus iguales, el resultado es inevitable: ese chico destaca entre los demás y los profesores se dan perfecta cuenta. Pero la vida nos demuestra que no todo son las apariencias, que debajo de ellas puede haber una secreta complacencia, un concepto exagerado de los propios talentos. Puede haber pereza, inconstancia, pose, cálculo, e incluso hipocresía, originados con el paso del tiempo por la creciente constatación de la especial facilidad para influir en los demás. Son magníficos dones, pero requieren vigilancia propia y de los superiores.

⁴ Vázquez, o. cit. p. 146.

⁵ Vázquez, o. cit., p. 131, Nota 26.

Creo que éste fue el caso de Escrivá. Entró en el Seminario con el generoso espíritu de servir a Dios en lo que él creía ser una llamada divina, y que tal vez lo era. También pesaban mucho, entre sus aspiraciones, las de hacer algo grande en su vida, idea que le venía del omen materno de su curación a los dos años de edad. A ello se juntaba la obsesión —al menos de su madre y suya— de recibir tras su ordenación un destino sacerdotal en Zaragoza, lo que le llevó, no sólo a buscar la incardinación en esa ciudad como ya hemos visto, sino a emplear medios desesperados para conseguir ese destino, como veremos.

Otra aspiración, o más bien otra inclinación le había nacido ya en el Seminario de Logroño. Nos lo dice su compañero Máximo Rubio Simón:

Se le notaba que tenía una preocupación profunda: una inquietud por la juventud que nos rodeaba; hablaba de sus antiguos compañeros del Instituto (de Enseñanza media) y pensaba en lo que podría hacer por ellos. Sentía pena por la falta de religiosidad de aquella juventud.

Esa inclinación le acompañaría después por toda la vida: estar rodeado de gente joven a la que formar espiritualmente. Es muy posible que ya entonces estuviera mezclada con la satisfacción de sentirse admirado. Es uno de los rasgos distintivos de las personalidades con trastorno narcisista, que pudo padecer Escrivá, como muchos han defendido con razones bien sólidas.

Los hagiógrafos, siguiendo a Escrivá, han puesto gran énfasis en un hecho que para ellos demuestra que surgieron entonces rasgos nuevos en el carácter del seminarista: los que se refieren especialmente a su espíritu apostólico y a sus dotes de gobierno. Se trata de su nombramiento como Inspector de Teólogos del Seminario de San Francisco. Y creo que tienen razón, y que se quedan cortos al no haber acertado a interpretar las consecuencias. También se queda corto, en mi opinión, Giancarlo Rocca, que insiste en considerar el cargo de Inspector que tuvo Escrivá como *simplemente prefecto o asistente de los estudiantes*⁶, pero de ninguna manera Superior.

⁶ G. Rocca, SSP, *Nota critica*, Claretianum XXIX (1989), p. 386, nota (14). La misma crítica, más detallada, aparece en G. Rocca, *Cinque recenti pubblicazioni sull'Opus Dei*, Claretianum XXXIV (1994), p. 468. Parece que Rocca se deja guiar por una institución de rango inferior presente en Italia y en otros seminarios de España; sin ir más lejos, en el Conciliar de Zaragoza. La realidad es que, como nos enseña Herrando en la o. cit., pp. 57 ss., los Inspectores en el Seminario de San Francisco de Paula eran llamados Directores y tenían rango de Superiores de los seminaristas, según su Reglamento (cfr. Herrando o. cit., p. 266).

Illmo Sr.
 V. Sr. La Plana y Laguna Presbí-
 to patrónomista titular de la S. S.
 de Barbastro, a V. Sr. Illmo con el deb.
 de respeto expone:
 Que habiendo sido nombrado
 Director del Seminario de S. Francisco
 de Paula de Zaragoza, desea obtener la
 excomunión para ser admitido a la S. S.
 de Zaragoza.
 Pide que el exposante expone
 alcañón de la bondad de V. Sr. Illmo
 cuya vida Dios guarde su? a?
 Zaragoza 12 de Octubre de 1901.
 V. Sr. La Plana

Era un cargo que normalmente se daba a sacerdotes jóvenes o seminaristas mayores, pero siempre clérigos. Por ejemplo, consta que el primo de su madre, don Cruz Laplana, siendo ya presbítero, se excomulgó en 1901 de Barbastro a Zaragoza para acceder al cargo de Inspector del Seminario de San Francisco que le habían ofrecido⁷. Es muy probable que el tío de Escrivá, don Carlos Albás, comentara este hecho con Escrivá, ponderándolo tanto más cuanto que pocos meses antes de ser nombrado Inspector Escrivá, don Cruz había sido consagrado Obispo de Cuenca. El Inspector de Escrivá en sus dos primeros cursos en Zaragoza, don Santiago Lucas, era entonces profesor de la Pontificia y se ordenó de presbítero en agosto

de 1921. El otro Inspector, cuando Escrivá entró en ese Seminario, estaba ordenado de menores y tenía 23 años. Había dos Inspectores, a los que, sobre todo en documentos, se les llamaba también Directores: uno para los seminaristas más jóvenes, los filósofos, y otro para los teólogos. Eran Superiores en el sentido de que los alumnos les debían respeto y obediencia.

La dirección efectiva de los alumnos del Seminario la hacía el Rector por medio de los dos Inspectores. Eran quienes imponían el orden y los castigos, cuidaban del estudio y de la piedad de los alumnos, les acompañaban a las clases en San Valero y San Braulio, en los paseos, etc.⁸

Con esos datos, se puede considerar extraordinario el nombramiento de Escrivá en septiembre de 1922, con 20 años de edad, decidido por el Cardenal Soldevila, que para ello tuvo que adelantarle la Tonsura a ese mismo mes⁹. Y nótese que le nombró Inspector de Teólogos, siendo el más joven de los que estudiaban su curso de cuarto de Teología. Esto implica que los alumnos de su curso y el de quinto de Teología, mayores que él, pasaron a estar bajo su autoridad¹⁰. Por otro lado, esto parece ser consecuencia de lo que antes he dicho: la “visibilidad” de Escrivá debida a su madurez y afabilidad. En efecto, según Vázquez, la decisión del Cardenal

⁷ Archivo de la Diócesis de Barbastro, Legajo 1067, Instancia de 2/10/1901 de don Cruz Laplana y Laguna al Obispo de Barbastro solicitando la excomunión a Zaragoza con motivo de su nombramiento como Director del Seminario de San Francisco de Paula. Se acompaña foto de la fotocopia de ese documento.

⁸ Para toda esta información he usado el libro de Ramón Herrando Prat de la Riba, *Los años de seminario de Josemaría Escrivá en Zaragoza (1920-1925)*, Rialp, Madrid 2002.

⁹ *Ibidem*, p. 124.

¹⁰ *Ibidem*, p. 162.

provino de que la fama de Escrivá —buena para unos, de “pijaito” para otros— había llegado a sus oídos

por los comentarios del Presidente, don Miguel de los Santos, o por las charlas con el Rector del Seminario, convertido ya en defensor acérrimo del seminarista (...) Interesado por Josemaría, le mandó llamar aparte. En otras ocasiones, al toparse con las filas del San Carlos en la calle o en el templo, preguntaba al seminarista por su vida y estudios. Una vez —refiere un compañero—, oí que le decía: «Ven a verme cuando tengas un rato»¹¹.

En la misma página, Vázquez nos asegura que el Cardenal expuso al Rector su decisión de nombrar a Josemaría inspector del San Carlos. En esto le contradice Herrando, cuando afirma que el propio Rector fue quien propuso a Escrivá como Inspector¹².

Los hagiógrafos se gozan en referir el entusiasmo con el que Escrivá se tomó ese nombramiento, en el que encontró por primera vez campo para realizar las inquietudes apostólicas que ya sentía desde Logroño por la vida espiritual de los jóvenes.

Sí, no cabe duda de ello, pero hay que ver también el otro lado de la moneda. Según Herrando, acabó siendo prácticamente la cabeza del Seminario:

El otro Inspector debía tener dificultades para conocer y tratar a los alumnos (...) Quizás por estas razones, el Rector quiso que fuese el Inspector primero el que asumiera, en la práctica, casi todos los deberes. Concretamente, por la documentación que se conserva, Josemaría presidía habitualmente los actos de comunidad en lugar del Rector; y fue el único encargado de redactar los informes que, hasta entonces, presentaban mensualmente los dos Inspectores al Rector.

¹¹ O. cit., p. 152. Obsérvese el «*por las charlas con el Rector del Seminario, convertido ya en defensor acérrimo del seminarista*». Creo que debe de referirse más bien a los despachos del Rector con el Cardenal Soldevila para darle cuenta de la marcha del Seminario, como dice Herrando en la o. cit., p. 56. El suponer que el Rector había sufrido un cambio *realmente milagroso* (Vázquez, o. cit., p. 140) en su opinión sobre Escrivá no es otra cosa que un intento de adelantar a un tiempo anterior la crisis de Escrivá. En realidad, la opinión del Rector sobre el carácter de Escrivá no cambió, y en cuanto a la vocación, sólo cambió en junio de 1924. Por tanto, es poco probable que el Rector sugiriera la idea de ese nombramiento. Más probable resulta que el Cardenal lo nombrara por propia iniciativa y conocimiento. Nótese, de pasada, que el nombramiento de Inspector obliga a pensar que las posteriores calificaciones anuales del Rector sobre el carácter y vocación de Escrivá no pudieron ser rutinarias, como sugieren los hagiógrafos para hacerlas compatibles con su imaginada conversión a favor de Escrivá. Por el contrario, se habían estrechado las buenas relaciones de ambos, lo que implica que la opinión del Rector se había reafirmado, al no haber querido edulcorarla por amistad.

¹² O. cit., p. 154. Como se ve, Herrando y Vázquez aplican el mismo truco. Ambos mantienen las mismas dos hipótesis sin fundamento que se apoyan mutuamente, quedando así ambas en el aire. La primera hipótesis es que la crisis de vocación de Escrivá fue anterior a 1922. La segunda hipótesis es que el Rector se había convertido ya en favorable a Escrivá. Vázquez dice directamente que el Rector se había *convertido ya en defensor acérrimo del seminarista*, sin más prueba. Herrando prueba esa “conversión” porque según él fue el “Rector quien propuso a Escrivá como Inspector”, cosa que tampoco prueba. Curiosamente, las dos manipulaciones pretenden lo mismo, pero se contradicen entre sí en fijar el origen de la iniciativa del nombramiento de Escrivá.

El otro lado de la moneda proviene precisamente de su éxito. Según Vázquez¹³,

*Josemaría era el primero en pasarse, por ejemplo, de la infusión de piedad a todo un seminario: **La Señora sin duda lo ha hecho**, nos dice, explicando el cambio, en piedad y conducta, de los seminaristas.*

A nadie se le ocultan los peligros de unos comienzos así, por el reclamo que suponen para la vanidad y la complacencia. Había recibido un cuádruple espaldarazo: sus buenas calificaciones en los estudios, el nombramiento como Inspector de Teólogos muchos de los cuales le ganaban en edad, el éxito en su gobierno de los alumnos del Seminario, y finalmente y sobre todo, el buen concepto que de él tenían las autoridades de la diócesis, con quienes se trataba personalmente: el propio Arzobispo, Cardenal Soldevila; el Presidente del Seminario y luego Obispo Auxiliar, don Miguel de los Santos Díaz Gómara; el Rector del Seminario, don José López Sierra; el Vicepresidente del Seminario Sacerdotal, don Antonio Moreno.

Ya hemos visto dos elementos similares que operaban también a nivel más mundano sobre Escrivá: su necesidad psicológica de comenzar su vida sacerdotal con buen pie, con destino en Zaragoza, que le llevó a cometer graves errores; y la ilusión de realizar cosas grandes, para la cual podía ser un buen escalón ese soñado destino sacerdotal.

Para esas aspiraciones había contado inicialmente con la influencia del arcediano, pero en sus conversaciones con él se fue dando cuenta de que su posición, siendo eminente en el ámbito de la Catedral, no lo era tanto en el gobierno de la Diócesis, de modo que no estaba dispuesto a luchar y quemarse en una batalla perdida, la de conseguir para su sobrino como primer destino un puesto a su gusto en Zaragoza. Pero ahora esa influencia quedaba empedregada por sus apoyos actuales, sobre todo por el del Cardenal, que había descubierto las buenas cualidades externas y de virtud de Escrivá; le había proporcionado un puesto preeminente en el Seminario, el de Inspector, para lo cual no había vacilado en adelantarle la Tonsura y las Órdenes menores, siendo más joven que aquellos a quienes tenía que mandar. A este nombramiento Escrivá le dio siempre gran importancia: lo solía incluir en su curriculum y con cierta frecuencia lo recordaba a *los suyos*. Es evidente que el cardenal estaba preparando a Escrivá a un destino de confianza, como se ve por el testimonio de Francisco Moreno Monforte¹⁴:

Se notaba que el Cardenal Soldevila —entonces Arzobispo de Zaragoza— le distinguía mucho. Cuando se encontraba con nosotros en el Seminario, en la Catedral o en cualquier otro lugar, solía dirigirse a Josemaría delante de los demás y le preguntaba cómo se encontraba, cómo le iban los estudios. Alguna vez oí que le decía: “Ven a verme cuando tengas un rato”.

Era también creciente su familiaridad con el Rector del Seminario¹⁵, que despachaba directamente con el Cardenal; y familiarmente trataba con el Obispo Auxiliar, don Miguel de los Santos¹⁶.

¹³ O. cit., p. 248.

¹⁴ Herrando, o. cit., p. 355.

¹⁵ Vázquez, o. cit. p. 616.

¹⁶ Vázquez, o. cit. p. 155.

Escrivá decidió, desde el principio, que habría de basar su carrera sacerdotal en las influencias disponibles. Por ello, hay que pensar que en él bullía con fuerza creciente la confianza en tener en el Cardenal un apoyo firmísimo para conseguir un puesto a su lado, o al menos para seguir como Inspector del Seminario de San Francisco de Paula o como Director del Conciliar —más cerca de la Residencia del Cardenal—, al ser ordenado sacerdote. Y podía soñar con que en un futuro llegaría a Rector del Seminario, secretario del Cardenal u otro puesto de confianza. Es oportuno repetir aquí el antecedente de su pariente, el obispo don Cruz Laplana que, siendo ya sacerdote, incluso se excardinó de Barbastro a Zaragoza para tomar el cargo de Inspector en el mismo Seminario donde años después estaría Escrivá. Como ya he dicho anteriormente, Escrivá debió de conocer a don Cruz en Zaragoza. Con ese destino de Inspector, Escrivá habría obtenido todo lo que entonces deseaba: formar seminaristas, ayudar en el sostenimiento de su familia y tener tres meses de vacaciones al año que podría dedicar a estudiar para obtener grados eclesiásticos, y luego preparar oposiciones a canónigo o párroco. En resumen, tenía en el Cardenal una baza importantísima para su futuro como presbítero.

Estas aspiraciones, su educación y su madurez superior a sus años, contrastaban fuertemente con lo que veía en el desagradable —para él— ambiente del Seminario; en el clero que vivía en el mismo edificio; y en lo que se imaginaba ser un sacerdote de pueblo o aldea. Así, se le debió de ir metiendo en la cabeza que ese ambiente no era lo suyo. Pero en lugar de vencerse o salirse del Seminario, convirtió ese rechazo en la idea de que ese sacerdocio no era lo suyo (recuérdense sus palabras: *yo no quería un sacerdocio así*), como si pudiera aspirar libremente a otro, o como si no pudiera vivir santamente y servir a Dios en las condiciones y circunstancias de cualquier otro sacerdote. Inventó así poco a poco una caricatura de la carrera sacerdotal para justificar su rechazo al itinerario sacerdotal que le esperaba si no intervenía alguna influencia muy especial. Se convenció, además, de que Dios le pedía un tipo de vida en que pudiera influir en la cristianización de jóvenes estudiantes, o de formación espiritual de jóvenes seminaristas.

Este asunto, que voy a llamar el *problema de la carrera sacerdotal*, le acompañó de por vida. Creo que nunca acabó de solucionarlo, porque aparece en aquellas ocasiones que le llevaron a recordar su trayectoria vocacional, que fueron muchas. Fue un problema interno, una enfermedad crónica de la que nunca se libró, muy probablemente porque venía combinada con un trastorno de personalidad. Como se sabe el trastorno narcisista lleva al paciente a exculparse a sí mismo. Se exculpa antes de una transgresión, porque se siente especial, exento de prestar atención a las balizas morales que anuncian la separación entre el bien y el mal. Y se exculpa después, buscando culpables que justifiquen sus acciones cuando su resultado ha sido contraproducente. Así, cree Escrivá que es voluntad de Dios para él un sacerdocio “distinto”, y por ello pasa por alto todo freno, toda prudencia, toda norma legal y moral, por su obcecación para conseguir un destino sacerdotal de su gusto en Zaragoza, ciudad donde tiene muchas más posibilidades de conseguirlo. Una vez conseguido su objetivo, y ante los desastres que sus insensatas decisiones trajeron para él, para su familia y luego para su obra, va repartiendo culpas al clero, a los seminarios, a su tío, al Arzobispo, a los Jesuitas, a la Santa Sede, a los poderes políticos, a los que se marchan decepcionados de su obra, y a los que permanecen pero no consiguen los objetivos proselitistas y de poder que él les

marca. ¡Pobre hombre, Escrivá, que —con culpa o sin ella— tuvo que cargar toda su vida con semejante cilicio de falta de paz!

El problema de su carrera sacerdotal acompañó también, como no podía ser de otro modo, a sus hagiógrafos, pero no es necesario tratarlo ahora, aunque los hagiógrafos lo mezclan con todo este tema de la crisis de vocación de Escrivá. Por eso, y para dar mayor continuidad a mi relato, en la próxima entrega trataré de la verdadera crisis de Escrivá de 1923 y 1924, y dejaré para el final del capítulo el tratamiento completo del *problema de la carrera sacerdotal* de Escrivá.

Jaume García Moles

(continuará)